

CICLOVÍA

La ambulancia del SAMU lanzaba destellos ámbar contra las paredes de la habitación. Teo despertó nervioso, miró el teléfono móvil, saltó de la cama y salió al balconcito. En la calle, policías y personal sanitario atendían a un joven sentado en la acera, junto a una motocicleta rota sobre un charco. El silencio del alba dejaba oír los comentarios, que también habían despertado a su padre.

- ¿Qué pasa Teo? – dijo tocándole el hombro.
- Un accidente, se ha caído un motorista – contestó el chico.
- Van como van y ¡luego pasa lo que pasa! – dijo el padre bostezando.

El casco, la botella de agua y otros pertrechos rodeaban la bici que Teo iba a estrenar aquel domingo. La ilusión con que encaraba la jornada no era mayor que la que tenía su padre, al haberle regalado el equipo por su dieciséis cumpleaños. Ir en bicicleta era la pasión del hombre desde hacía años.

Después de recorrer varias calles desiertas, llegaron al arrabal de la ciudad y enfilaron el Camino Viejo de Elche convertido en flamante Vía Parque. Teo y su padre rodaban uno al lado del otro surcando la campiña. Pero aquella no era una salida más, el hombre en cuyo cabello asomaban las primeras canas, había cambiado el grupo de amigos por su hijo, y lo que nunca le había importado, aquel domingo le inquietaba.

- ¡Ve tú delante Teo! – le dijo indicando que se adelantara.
- ¿Qué dices? Los ciclistas siempre vamos de dos en dos.

Esa era la respuesta que el chico había oído a su padre siempre, además solía apoyarla argumentando que, en grupo, los ciclistas son más respetados por los coches. Pero aquel día era distinto, los destellos de la ambulancia a primera hora y el fantasma de un accidente, le estropeaban el paseo. Al poco se detuvo.

- ¡Espera Teo! – dijo intentando llamar la atención del muchacho.
- ¿Qué te pasa? – chilló el chico desde unos metros más delante, reduciendo la marcha y mirando atrás.
- Vamos a tomar la ciclovía, está terminada.

El padre, con un pié en el asfalto, señalaba el carril de bicicleta que, recién inaugurado, discurría muy cerca de la vía principal.

- Pero... ¿Qué me estás contando papá? la ciclovía está mal hecha ¡se hará polvo la bici!

En ese momento, una furgoneta pasó a toda velocidad pitando. Las respuestas del muchacho seguían siendo las que había oído siempre a su padre. Éste, arrastrando la bici por el arcén, llegó a su altura, se quitó el casco y se rascó la cabeza.

- Es mejor ir por el carril de bicicletas Teo, ahora están bien hechos.
- No, se estropearán las ruedas y nos cansaremos más. Ese carril es para paseo y nosotros hacemos ciclismo deportivo.

El padre no quiso fastidiar el día a su hijo. Pese a adelantarles otro automóvil a gran velocidad y sacudir las bicicletas, acordaron ir por la carretera en fila india. Los intermitentes de los coches que les adelantaban recordaban al padre la ambulancia y la moto rota con que se habían desayunado. Una pareja de la Guardia Civil les saludó desde la rotonda. Rodaban a buena marcha subiendo el repecho para salvar la Sierra de Colmenares; el hombre veía a su hijo unos metros por delante, circulando por dentro de la calzada y los coches pasándole a corta distancia. De repente, un claxon impertinente se situó a la altura del padre sin adelantarlo. Él miró cómo se abría la ventanilla del turismo, a la vez que el conductor intentaba decirle algo.

- ¡Tiene un carril para bicicletas ahí mismo, señor! – dijo el automovilista.
- ¡Voy por donde me da la gana! – le contestó el padre de Teo.
- Pero ¿usted no sabe el peligro...?

Un corte de manga del ciclista veterano disuadió al conductor de seguir con el sermón y el coche se alejó. Al poco de rodar con la energía del principiante, las camisetas se empaparon y el tráfico se hizo más denso. Saludaron a un grupo de ciclistas que iban en sentido contrario y entraron en otra rotonda. Antes de completarla Teo tuvo que frenar bruscamente al cruzarse un turismo que no le cedió el paso.

- ¿Estás loco o qué? – voceó Teo poniendo el pie en tierra aparatosamente.
- Loco ¿de qué? ¿para qué tienes el carril? – contestó el intruso haciendo aspavientos con medio cuerpo fuera del coche.
- Déjalo hijo, no respetan nada. Ya te lo he dicho, sería mejor ir por la ciclo vía.
- ¡No te rayes papá! ¡Venga, que llevamos una buena marcha!

Siguieron en fila india. Cuando la carretera se empinó más y al novato le faltaron las fuerzas, el padre lo alcanzó y se pusieron a la par.

- No hay que empezar con tanta euforia hijo, luego te falta...

El padre no pudo terminar la frase. Un vendaval caliente, tan fuerte como un tornado, seguido de un trompazo, los hizo desaparecer. Un trailer de esos que transportan más de veinte mil kilos, a más de cien kilómetros por hora, conducido por un experto camionero enfrascado en su emisora y mirando lejos, los sacó de la carretera sin apercibirse. El baladre de la mediana chorreaba

sangre sobre la cara del padre en el momento que despertó. Frente a él el cerebro de su hijo se escapaba a trozos del cráneo empotrado en el quitamiedos. Cuando el hombre sólo sentía la ansiedad de su impotencia, oyó la sirena impertinente de la ambulancia.

* * *

- Papá te ha sonado el despertador tres veces, son menos cuarto ...
- ¿Cómo? ¿y la ambulancia?
- ¿Ambulancia de qué? ¿qué te pasa?

El chico se acercó a la cama y comprobó que su padre estaba bañado en sudor.

- ¿Estás malo?
- No... he tenido una pesadilla.

El hombre se quedó mirando a su hijo, se levantó, prepararon el equipo y salieron en bicicleta.